

Francia con la documentación oficial. Fueron acomodados en la pensión de Madame Quintana en Colliure. La República había procurado por necesidad unir a los ciudadanos con la cultura. En la paz y en la guerra, los poetas llegaron a sentirse útiles por formar parte de las ilusiones pedagógicas de su pueblo. Cuando el coche de Corpus Bargas, se adentraba en Francia por la endemoniada carretera de la costa, llena de curvas y de campos de concentración, algo más que un drama privado flotaba en el olor a gasolina y en la lluvia de enero. Se estaba rompiendo el contrato pedagógico, se estaba separando al poeta de los ciudadanos. El poeta pasaba y el pueblo español era conducidos por la policía francesa a unos campos de concentración alambrados de vergüenza. Un Antonio Machado muy enfermo pudo disfrutar por unos días de la paz marinera de Colliure. «Estos días azules y este sol de la infancia», fue el último verso que su hermano José encontró en un bolsillo del gabán del poeta fallecido. El mismo regreso a la infancia sevillana había sentido también Ana Ruiz, la madre de Machado, trastornada por la adversidad y por los años. En un artículo muy emocionante, contó Corpus Bargas que el coche no pudo llegar a la casa de Madame Quintana porque las calles del pueblo se encontraban en obras. Corpus se encargó de llevar en brazos a Ana Ruiz, porque ya no podía andar. A mitad de camino le acercó los labios al oído y le preguntó: «¿Pero cuando llegamos a Sevilla?». Era mucha la tragedia que cargaban los caminantes de Colliure. Mayor era la tragedia que dejaban a sus espaldas.

En aquel mes de enero de 1939, el niño Ángel González, hijo de un pedagogo republicano, estaba ya acostumbrado a ver llorar a su madre. Huérfano, con un hermano fusilado y otro camino del exilio, pertenecía a una familia de derrotados. La hermana maestra había sido depurada. La madre había perdido su trabajo como habilitada de los maestros de algunos concejos asturianos. El último trabajo que hizo por los maestros estuvo apunto de costarle la vida. Cuando se enteró de la ejecución de su hijo mayor, después de llorar la barbarie íntima y privada de su pérdida, abrió la carpeta colectiva de sus maestros y fue raspando con una cuchilla, una por una, las cuotas de afiliación sindical o de partidos políticos en las fichas. El oficial que fue a requisar las fichas se dio cuen-

ta como era previsible de la maniobra, y al recriminarle su actuación más que explicaciones recibió insultos, lágrimas desesperadas y acusaciones por el asesinato de su hijo. La libertad es asunto de leyes, no de los buenos sentimiento individuales. Pero no cabe duda de que a veces un buen sentimiento dignifica la vida y evita un empeoramiento de la tragedia. Aquel oficial se apiadó, y se fue sin detener a María Muñiz, que pudo seguir soportando la derrota sin más acusaciones de las que ya tenía. También el destino se apiada en algunas raras ocasiones. El adolescente Ángel González enfermó de una grave tuberculosis justo cuando a su hermana maestra le permitieron volver a la enseñanza, pero enviándola castigada a un pueblo de aires limpios, perdido en las montañas de León. Ángel González recuperó la salud en Páramo de Sil y se hizo poeta. También se hizo maestro. Antes de convertirse en unos de los poetas españoles más importantes del siglo XX y en uno de los estudiosos más lúcidos de la poesía de Antonio Machado, aprovechó el plan de bachilleres maestros para acceder a la profesión tradicional de su familia.

Durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra, a fuerza de ejecuciones, España se había quedado sin maestros. En muchos lugares del país a los que todavía no llegaba el Estado, el maestro era el representante natural de la República y de su contrato pedagógico. Ninguna profesión pagó una factura tan alta en los pelotones de fusilamiento. Hubo que promover un plan de bachilleres maestro para cubrir las vacantes, lo que permitió a Ángel González encontrar su primer trabajo y escribir su primer libro. No fue un libro de poemas. Se trata de un ensayo muy desconocido, que se titula *El maestro*, publicado en ediciones Corinto, dirigida en Barcelona por su amigo de infancia Manuel Lombardero. Escribía en 1955 Ángel González: «Las significaciones de la palabra, hoy día, son variadísimas. Lo mismo se llama maestro a un matador de toros destacado que ha un músico eminente. De todas formas, en sus variadísimas acepciones, siempre se halla presente el origen etimológico de la palabra. Porque *magíster* se deriva a su vez de *magis*, que en latín quiere decir *más*... El que es más que la mayoría en artesanía o en arte, es el que merece honores y consideración de maestro. Todos esos maestros nos importan poco ahora. El que nosotros conocimos, el que vamos a tratar de reconstruir

en su integridad, nada tiene que ver con la espectacular persona de un torero ni con la rutilante figura de un gran músico. Es alguien mucho más vulgar y oscuro, cuya popularidad no rebasa los límites que le marcan un puñado de niños. Nunca –normalmente– tendrá fama ni hará fortuna en su oficio. La Gloria no le está negada, pero es la Gloria de los humildes, la que no trasciende de la íntima satisfacción del deber cumplido. De compararlo con alguno de los otros maestros aludidos, yo lo pondría junto al albañil, porque ambos construyen, edifican lenta y pacientemente, colocando ladrillo sobre ladrillo en una tarea desesperadamente anónima... A este maestro gloriosamente humilde se le conoce por los nombres de Maestro de Escuela, Maestro Nacional y Maestro de Primera Enseñanza».

No dejaba de tener significación, en la España de los años triunfales, reivindicar la gloria humilde, sin triunfo, del maestro. Tampoco carece de sentido que se unan el trabajo y la cultura, el albañil y el maestro, en la elaboración ladrillo sobre ladrillo, palabra sobre palabra, del futuro. *Palabra sobre palabra* tituló muchos años después Ángel González el volumen de su poesía completa. La justificación de su libro *El maestro* estaba cargada de historia y de dignidad. Una vieja y buena historia buscó un hueco para respirar en la España de los años cincuenta: «De todas formas, que quede claro que no voy a hacer la presentación de un desconocido. Se trata de un viejo amigo, de un importante amigo de todos, al que acaso hemos olvidado o con el que no nos entendimos bien. Estamos hablando del maestro».

El 22 de febrero de 2007 visité Colliure por primera vez con ocasión de un homenaje a Antonio Machado. Ángel González ocupaba en el grupo un lugar de maestro. Era algo así, y que me perdone Ángel, como nuestro espacio público de aquellos días, nuestro lugar común, en el buen sentido de la palabra común, un punto de cita y de conversación en los aeropuertos y en las carreteras arañadas por el mar, mientras recordábamos con él las lluvias de la derrota y el homenaje antifranquista que se celebró en Colliure, en 1959. Yo me expliqué a mí mismo la melancolía de todos nosotros con este poema. Hay poemas que, en los tiempos que vivimos, se parecen demasiado a una tumba. No me resisto a dejar sobre él unas flores rojas, amarillas y moradas.